

EL CAMINO DEL CAMBIO

A la mayoría de los adolescentes les resulta difícil adaptarse a un entorno nuevo como lo es empezar bachillerato. Sobre todo cuando te encuentras sola, sin ninguna persona a la que contarle tus preocupaciones, que te ayude a estudiar, con quién echarte unas risas o comerte una bolsa de pipas. Con esta definición quiero hacer referencia a lo que es tener un amigo y lo necesarios que son a esta edad. Supongo que la relación con mi mejor amiga Blanca había sido tan íntima y constante que nunca se me pasaría por la cabeza el hecho de no tenerla a mi lado. Nunca eres consciente de lo esencial que es alguien hasta que lo pierdes.

Durante la primera clase mi mente estaba lejos de la lección, a pesar de estar sentada en primera fila, pensando en por qué Blanca había desaparecido tan bruscamente de mi vida si habíamos crecido juntas y le había dedicado más tiempo de mi vida que a nadie. Al sonar el timbre que indicaba el patio no me alegré mucho, ya que me encontraba sola en aquel entorno de gente que sí estaba acompañada.

Fue entonces cuando entre toda esa gente nueva, pude distinguir el rostro de un chico de aspecto familiar, mucho más alto que yo y con el flequillo pelirrojo que le caía sobre unos ojos verdes. El chico se perdía entre la multitud y yo no le perdía de vista gracias a su altura y a su color de pelo que lo distinguía entre los demás. Conseguí alcanzarle. Cuando se dio la vuelta y me miró pareció reconocermelo, ya que sus ojos verdes se iluminaron por momentos e hizo una mueca que escondía una sonrisa. Pero yo me ruboricé porque, incluso habiendo sido yo la que se fijó en él, de pronto había perdido completamente la noción de quién era ese chico. Él, para romper el hielo me preguntó:

—¿Qué pasa, Aitana?

Sabía quién era yo. Desde luego que yo había visto a aquel chico antes, ¿pero dónde? La vergüenza que sentía era cada vez más intensa, estaba haciendo un ridículo inmenso frente a él.

—Ehmm, hola...

Hice una pausa fingiendo que iba a decir su nombre, como si me acordase. Entonces él completó la frase.

—Daniel. ¿Es que no me reconoces o qué?

Hice un gesto que significaba que reconocía al chico. Definitivamente no era así, pero cuando comenzó a reírse despreocupadamente le imité. El chico seguía desprendiendo un aire familiar. Me recordaba a alguien que yo conocía, pero de algún modo no le había visto en mi vida. Resultó maravilloso lo rápido que entablamos conversación y, mientras la hora del patio pasaba, mi mente no reparó en ningún momento en la ausencia de Blanca.

El día se fue haciendo más ameno, por el simple hecho de que Daniel estaba en la mismas clases que yo. Cuando salimos del instituto y me acompañó a casa, el chico parecía saber muy bien a dónde nos dirigíamos, incluso igual de bien que yo, como si ya hubiese estado en mi casa antes.

A medida que pasaba el curso, Daniel y yo fuimos entablando amistad, nos veíamos después de clase y confiábamos el uno en el otro. Nos habíamos convertido en buenos amigos, y la ausencia de Blanca en mi vida no volvió a importarme.

El último día antes de las vacaciones de primavera vimos a dos chicos besándose en la parte trasera del instituto. No los conocíamos de nada, lo único que sabíamos de ellos era que eran pareja. En ese momento, otro chaval de nuestra clase les interrumpió y comenzó a agredir a uno de ellos de un modo horrible que nos dejó petrificados a los demás.

Pensé en darme la vuelta e irme, y tratar de olvidar lo que había visto, pero a Daniel le pareció mejor idea abalanzarse encima de aquel tío para defender al otro chico. Mientras, corrí por los pasillos buscando a algún adulto al que acudir, con una sensación de miedo que no me dejaba pensar.

Al final todo se solucionó: expulsaron a aquel chaval y no castigaron a Daniel. Cuando le pregunté por qué había actuado de esa forma, él me respondió:

–Simplemente me resultó inhumano que los tratara así. Su amor es demasiado como para encerrarlo en un armario, ¿no?

Me dejó sin palabras. Es más, después de haber defendido a aquellos chicos, me pareció la persona más valiente que había conocido y, cuando esa noche me acompañó hasta casa y me besó yo lo disfruté como nunca. Nunca he sido una chica sentimental. Esta sensación era nueva para mí: enamorarme y pensar en un chico a todas horas, tanto que tardé en dormirme aquella noche.

Me desperté y fui a desayunar, pero supe que algo andaba mal cuando mis padres dirigieron sus miradas hacia mí con una expresión que nunca les había visto en la cara. Entonces leí lo que decía la portada del periódico de la mañana:

“Anoche, en torno a la una de la madrugada murió Blanca Salas, quien se hacía conocer actualmente como Daniel, tras recibir tres puñaladas de un grupo de compañeros de instituto por homofobia. Un vecino encontró el cadáver esta madrugada en el parque...”

Resulta difícil el modo en el que la felicidad infinita con la que me había despertado se esfumó tan rápidamente tras leer esa noticia. Corrí a mi habitación mientras trataba de asimilar lo que acababan de hacerle a mi mejor amigo y vi un mensaje que me había enviado Daniel anoche, unos minutos antes de que le asesinaran. Tuve que leerlo un par de veces, ya que las lágrimas que corrían por mi rostro me lo impedían. Probablemente Daniel quiso hablar conmigo por primera vez de su transexualidad, porque su mensaje decía:

–Aitana, el camino de la transición termina cuando una persona consigue aquello que ha estado soñando toda su vida. Y para mí, ese algo has sido tú.

Relato: El camino del cambio

Vera Palao Pérez

IES Monastil

3º ESO

AVDA Camilo José Cela Nº8 2ºD Elda

Teléfono padre: 687176243

Teléfono alumna: 644794574

vepalaop@iesmonastil.es

Nombre profesora responsable: M^a Dolores Alfaro Sánchez

Teléfono del centro: 966 957 325